

La dignidad humana en el trabajo y la salud mental¹

VICTORIO ANSELMO, ENRIQUE E. FEBBRARO

Estos autores², como médico psiquiatra el uno y como psicólogo experimental el otro, presentaron una extensa aportación en la cual hicieron presente que, a su juicio, aquello que puede verse en el actual mundo del trabajo, dentro del campo de las relaciones humanas, ponen como siempre de actualidad los viejos problemas inmanentes a la cuestión social. Luego de señalar las formas de vida en el mundo occidental, señalaron que aquellos seres que representan la mayoría social propugnan equilibrar sus numerosos problemas mediante sistemas que le garanticen por lo menos una igualdad justa y las mismas oportunidades de progreso económico para todos. Este debatir de anhelos, ideas y esfuerzos ha traído la aparición de una forma de diálogo evidentemente impostergable, las relaciones obrero-patronales. El siglo XX ha presentado un sinnúmero de novedades sociales que los médicos y los psicólogos no pueden dejar de advertir.

En términos generales sería difícil negar que la institución obrera y la institución patronal están constantemente en un plano de agresividad, aunque ninguna de ambas podría por el momento subsistir en forma independiente. Por lo tanto, al nunca ponerse en razonable acuerdo no se logra un justo rendimiento obrero y una justa retribución patronal. Es notorio que en esa ecuación, cuyos factores principales son: *trabajo*, *capital*, *naturaleza*, el obrero y su familia son los que cargan con la peor parte. Los autores se preguntan si estos factores no contribuyen a la formación de estados mentales especiales.

En lo que respecta a la forma de vida de muchos auténticos trabajadores, que habitan en las llamadas «villas miseria» y que deben alternar sus jornadas laborales con esa precaria habitación, los autores hallan casi justificada la actitud pesimista de muchos de estos hombres que, se consideran seres sin futuro. Por otra parte, el obrero se halla frente a una serie de elementos que le determinan el verdadero valor de los sentidos morales; en su condición humana no puede ignorarlos y es entonces cuando reacciona impulsado por sus mecanismos mentales, muy especialmente los de la mórtido, ya que sospecha que muchas acciones tienen intentos hostiles contra él. Posiblemente dentro de cada hombre existe hoy gran porcentaje de resentimiento. La sociedad progresa y la vida no es una anomalía curiosa; el hombre necesita ser respetado para que pueda equilibrar sus tensiones y sus fuerzas mentales.

¹ Trabajo publicado en *Acta Neuropsiquiátrica Argentina*. 1961; 7(1): 71-72. Se trata de una síntesis hecha por los mismos autores de su presentación para el Tema I: Trabajo y salud mental, en el II Congreso Argentino de Psiquiatría, realizado del 2 al 6 de noviembre de 1960, en Mar del Plata, R. Argentina.

² Con el objeto de dar mayor claridad a la síntesis de las extensas consideraciones del trabajo original, los autores la hemos presentado en tercera persona para facilitar su entendimiento.

El hombre de hoy está en fuga y corre desesperadamente en busca de su seguridad, y para ello emplea o intenta emplear los caminos más cortos. Pero la seguridad, ciertamente, no va más allá que la de ser una simple sensación, un simple espejismo o una alucinación que trastorna todos los planes del individuo hasta convertirlos en idea fija. Basta hojear nuestra legislación laboral para descubrir que el trabajador no encuentra garantías que le hagan vislumbrar una seguridad permanente, aunque, como ya señalamos, ésta no existe en ningún terreno. Esta inseguridad, también como sensación, obliga al trabajador a disgregarse y a vivir cada día más alejado del hogar. Agréguese a esto la incredulidad del hombre por el hombre, la cual se hace notoria con mayor énfasis en nuestros medios, y la gran despreocupación reinante por las doctrinas religiosas; podemos ver así cómo el sujeto se hace cada vez más vulnerable en su salud mental: la angustia del hombre en fuga.

El hombre en fuga abandona las instituciones que podrían defenderlo y se aleja de la fe y frecuenta poco el hogar. En el matrimonio obrero está cada día más ausente el *santísimo sacramento de la conversación*. Esto aumenta el número de los introvertidos y los largos y dolorosos procesos de rumia mental. Este silencio y la imposibilidad del diálogo liberador, mutilan la intimidad del hogar. Este estado en las cosas espirituales del trabajador tienen por fuerza que preocupar al médico y al psicólogo, si es que en realidad nos sentimos partícipes del progreso de la civilización. Aunque la condición del obrero actual es aparentemente mejor que la del trabajador del siglo pasado, los problemas sociales siguen siendo alarmantes y las luchas entre clases se han agravado con motivo del libre juego de las ideas que, por supuesto, no podrían dejar de influir sobre las clases modestas y menos dotadas. Los autores han creído hallar que la suma de los factores negativos que representan las soluciones parciales que casi siempre ofrecen los empresarios y patronos, y que de por sí no desentrañan el verdadero sentido de las aspiraciones obreras, más la difusión que en los últimos tiempos adquirieron las ideas dialécticas materialistas dentro de esos mismos grupos obreros, han engendrado reacciones íntimas, rebeldías interiores, consecuencias lógicas de un organismo que responde con sensibilidad de ser identificado en la alta categoría de la dignidad humana.

La sociedad se halla frente a una época de parto y los profesionales sienten ya la necesidad de participar con franqueza en el esclarecimiento de estas fuerzas que, por medio de sus motivaciones, otorgarán un extraordinario capítulo a la psicología laboral y señalarán nuevos caminos para las relaciones humanas. Para ello, la medicina debe retornar al hombre y es evidente que lo está haciendo; pero esto también sería inútil si no retornan asimismo al hombre las fuerzas que mueven la economía y que hasta ahora se empecinan en no oír entre otras las soluciones que aportan la psicología y la psiquiatría.

La medicina actual y la de las próximas generaciones, sostienen los autores del presente trabajo, tendrá que desenvolverse en medio de colectividades que irán materializando sus sensaciones de seguridad, dando lugar a una economía orientada por hombres y no por doctrinas, que irá contemplando la administración de la justicia como expresión de las necesidades espirituales y materiales de los trabajadores y sus familias. Esto quiere decir, que sin tener por qué mecanizarse, el médico tendrá que abandonar su condición de director espiritual que aparentemente le están otorgando los sucesos económicos actuales. Pero hasta tanto ocurra un equilibrio, no se debe temer un cambio radical en las instituciones que haga desaparecer la

vergüenza de la Miseria en las clases trabajadoras, ya que ese cambio favorecerá muy en particular a la medicina, la cual no se encuentra en crisis realmente, sino que se debate por la fuerza de su dinamismo vital, presintiendo los nuevos acuerdos que contemplando la dignidad humana se han de instituir entre los hombres. El médico se ha de beneficiar con este equilibrio puesto que le permitirá dejar de ser parte de una medicina caritativa o contractual y obtener una *mayor seguridad* para sí mismo.